

Si son ciertos los datos que nos comunica el revisor (de la época anterior al cautiverio) del libro 2 de los Reyes, versículos 8, 28 y 29, por medio de los cuales encaja en su relato la narración de la caída de la dinastía de Omri, 2. Reyes, 9-10 (1), una de las mejores y más gráficas del Antiguo Testamento, la catástrofe de Benhadad fué anterior a la de Joram, y éste luchó con Hazael por Rama de Galaad. Desde luego es evidente la probabilidad de que este narrador aprovechase narraciones más antiguas, y seguramente trozos de la misma de que proceden los capítulos 9 y 10. Sin embargo, nos comunica que Joram sufrió una derrota y fué herido delante de Rama, sin decirnos siquiera una palabra que nos explique cómo a la caída de Joram se encontraba esta ciudad en poder de los israelitas. Si es cierto lo de la derrota, entonces el ejército israelita debió de conquistar a Rama poco tiempo después. Pero lo más probable es que el narrador interpretara equivocadamente la narración y que Joram fuera herido en la defensa de Rama contra un ataque de los sirios o al apoderarse de esta ciudad.

Seguramente Joram aprovecharía la circunstancia del cambio de dinastía ocurrido en Damasco para recuperar a Rama. En esta empresa le ayudó, según 2. Reyes, 8, 28, siguiendo la política de su padre, Ocozías de Judá, hijo de Joram de Judá y de Atalía, que entretanto había ascendido al trono de David. Es evidente que hubo un intervalo regular entre la herida de Joram de Israel delante de Rama y la explosión de la conjuración, pues que entre uno y otro suceso no solo había regresado Ocozías a su país, sino que había ido a Jisreel para informarse personalmente del estado de su pariente y aliado. Precisamente la enfermedad del rey debía ser circunstancia a propósito para ser aprovechada y tramada una conspiración.

Joram había dejado el ejército de Rama a las órdenes de los capitanes de guerra, confiando el mando superior a Jehú ben Josafat ben Namsi, conocido por su impetuoso arrojo. A una señal dada por Eliseo, y seguramente convenida de antemano, Jehú alzó la bandera de la rebelión y se hizo proclamar rey.

Según 2. Reyes, 9, Eliseo envía a un discípulo de los profetas a Rama, con encargo de ungir allí mismo a Jehú por rey de Israel. El tal discípulo se presenta de improviso en Rama en medio de los capitanes, que celebran consejo de guerra, y dice: *Tengo una palabra que decirte, capitán.* Jehú le pregunta: *¿A cuál de todos nosotros? — A tí, capitán,* responde el profeta. Entonces Jehú entra con él en la casa (2). El profeta derrama sobre la cabeza de Jehú el aceite que contiene la alcuza que Eliseo le había entregado, y pronuncia estas palabras: *Así dice Jehova, Dios de Israel: Yo te he ungió por rey sobre el pueblo de Jehova, sobre Israel,* y abriendo la puerta, echa a correr. Jehú vuelve al lado de sus compañeros, los cuales le preguntan: *¿Fué de paz el mensaje? ¿Qué te quería ese loco? Y Jehú contesta: Vosotros conocéis al hombre y sus palabras. — ¡Mentira!* gritan los capitanes. *Decláranos lo que hay.* Jehú les refiere entonces lo ocurrido, y ellos se arrancan los mantos de los hombros y los extienden en el suelo, para que sirvan de alfombra al nuevo rey; después de lo cual al són de las trompetas convocan al ejército y al pueblo, y proclaman rey a Jehú.

El usurpador adopta inmediatamente las medidas más energéticas para realizar sus planes. Encarece a los jefes militares que si están por él no dejen salir a nadie de la ciudad, y toma en seguida el camino de Israel para sorprender al rey.

(1) Sobre esta relación y las interpolaciones que contiene, véase Bleek, págs. 262 y 263.

(2) Los capitanes celebrarían su consejo en el patio de la casa.

El vigía que está en la torre ve levantarse una polvareda que avanza en dirección del palacio, y da aviso de ello a sus moradores. Joram ordena que se envíe a un jinete al encuentro de los que vienen, para indagar sus intenciones. Mas a la pregunta que éste le hace, contesta Jehú: *¿Qué te importa? Vuélvete detrás de mí.* Cuando el vigía anuncia que el jinete se ha encontrado con la gente que viene, pero que ha desaparecido en medio de ella, es enviado otro, al cual pasa lo mismo que al que le precedió. Entretanto el grupo se ha adelantado lo bastante para que el vigía pueda conocer por sus ademanes impetuosos a Jehú. Al saber esto, Joram manda disponer su carro, y sale él mismo a recibir a Jehú. Junto al campo de Nabot se encuentran, y Joram grita a Jehú: *¿Hay paz, Jehú?* el cual contesta: *¿Qué paz ha de haber, cuando duran todavía (LXX) la apostasía y las hechicerías de Jezabel, tu madre?* Así que oye Joram estas palabras insultantes, adivina la situación, y dando rápida vuelta a su carro, grita a Ocozías: *¡Traición, Ocozías!* Pero mientras Joram da la vuelta, tiene tiempo Jehú de armar su arco y dispararlo, hiriendo entre los hombros al rey, que cae desplomado en su carro. Jehú dice entonces a Bidekar, su acompañante: *Echale en el campo de Nabot, el jisreelita; recuerdo que íbamos tú y yo, con Acab, su padre, cuando Jehova pronunció esta sentencia sobre él: Que yo he visto ayer la sangre de Nabot y la sangre de sus hijos, y tengo de darte el pago en este campo. Esta fué la sentencia de Jehova. Echale, pues, en ese campo, conforme a la palabra de Jehova.*

Entretanto Ocozías de Judá había logrado huir por el camino de Bet-haggán (3). Mas, gritando: *¡A ese también!* corre Jehú tras él, y a la subida de Gur (LXX: «del valle»), junto a Jebleam (4), alcanza a Ocozías y le hiere. Ocozías para escapar abandona el camino que había tomado y huye a Meggido, donde muere.

Jehú se dirige entonces a Jisreel (Jezael) para tomar posesión del palacio real. Cuando Jezabel tiene noticia de lo sucedido, se pinta los párpados y atavía su cabeza. Asomada a una ventana en el patio del palacio, aguarda la llegada del rebelde. Luego que pasa éste la puerta con su carro, le saluda con estas palabras: *¿Podrá tener paz Zambri, asesino de su señor?* Jehú alza la vista a la ventana, y grita: *¿Quién es esta mujer?* Dos ó tres eunucos se inclinan hacia él y les dice: *¡Echadla abajo!* Los hombres obedecen, y la sangre de la reina salpica la pared y los caballos de Jehú, que pasan por encima del cadáver. Solo después de haber comido y bebido en el palacio se acuerda Jehú de su víctima, y dice: *¡Coged a esa maldita y sepultadla, que es hija de reyes!* Mas las personas que van a cumplir esta orden no hallan más que la calavera, los pies y las manos. Al saberlo Jehú, lo interpreta como cumplimiento de la predicción divina (5).

En Jezael, residencia de la reina madre Jezabel, y donde

(3) Es el actual Dyennin, en el camino de Nazareth a Nablus, que suele designarse como el En-gannim de la tribu de Isacar (Josué, 19, 21, 21, 29); véase Bäckker, pág. 237. No se puede comprender que estuvieran en uso estas dos denominaciones para un mismo lugar; sin embargo, hay que observar que no parece bien determinada la manera de leer En-gannim, pues que la versión de los LXX, en Josué, 21, 29, lee En-sannim y en 1. Crón., 6, 58, vemos Anem, lo que ciertamente puede estar mal escrito por En-gannim, pero también combinarse e interpretarse como Umm-el-Ghanim, al Sudeste del Tabor; y esto correspondería mejor al lote ó heredad de Isacar.

(4) Son las ruinas de Bel'ame, situadas en la parte occidental del valle, en cuyo extremo Norte se encuentra Dyennin; véase Bäckker. Con esto concuerda perfectamente la interpretación de los LXX. Parece que Jehú hace variar de camino al fugitivo Ocozías; y así se explica también que éste se refugie en Meggido, encontrándose, sin embargo, en el camino que conduce a Jerusalén.

(5) Los versículos 36 y 37 están reformados y adicionados en el sentido de la interpretación de 1. Reyes, 21, 23.

Joram solo había habitado a causa de su herida, no cayó en manos de Jehú ninguno de los descendientes agnados del rey muerto, pues que moraban en el palacio real de Samaria. Era de temer que alguno de los altos funcionarios de la capital intentase poner en el trono a un hijo de Joram; mas Jehú halla medio de desviar el peligro enviando una carta a los empleados regios de Samaria, en que les dice (1): *En cuanto lleguen estas letras a vosotros, los que tenéis los hijos de vuestro señor, los carros y las gentes de a caballo, las ciudades fuertes y las armas, mirad cuál es el mejor y el más capaz de los hijos de vuestro señor y ponelo en el trono de su padre; y pelead por la casa de vuestro señor.* Pero los habitantes de Samaria se acobardan ante tal declaración de guerra, y dicen: *Dos reyes no pudieron resistirle, ¿y cómo le resistiremos nosotros?* El mayordomo del palacio, el comandante de la ciudad, los jefes de las familias y los ayos de los príncipes anuncian a Jehú su sumisión y le piden instrucciones. Mándales éste que al día siguiente le envíen a Jisreel las cabezas de los príncipes de la casa real. Así que se recibe en Samaria esta segunda misiva de Jehú, son decapitados 70 príncipes de la casa de Omri, y sus cabezas empacadas en cestos enviadas a Jisreel. Jehú las manda poner en dos montones, y así quedan hasta la mañana siguiente, en la cual, saliendo de palacio, se detiene delante de los dos montones, y dice al pueblo, que lo mira horrorizado, estas sarcásticas palabras: *Vosotros sois justos. Yo he conspirado contra mi señor y le he muerto. ¿Mas quién ha muerto a todos estos? Reconoced, pues, que de la palabra de Jehova nada cae en tierra.* Después de quitar la vida a todos los parientes, íntimos, sacerdotes y dignatarios de la casa real que se encuentran en Jisreel, Jehú toma el camino de Samaria, donde son ajusticiados también todos los partidarios de la dinastía de Omri.

En la asamblea popular convocada luego por Jehú, se manifiesta éste fervoroso adepto de Baal, diciendo: *Acab sirvió un poco a Baal; Jehú le servirá mucho,* e invita a todos los sacerdotes, profetas y veneradores de Baal existentes en el país a una fiesta de sacrificio que piensa dedicar a su dios. El narrador parece considerar esta fiesta como la que es costumbre celebrar siempre que sube un nuevo rey al trono (véase 1. Reyes, 3, 4). Las invitaciones circulan por todo el país, y así se llena de un extremo a otro todo el templo de Baal en Samaria. Todos los concurrentes a la fiesta reciben un vestido, como presente honorífico del rey. Procede Jehú en seguida al sacrificio, después de haber mandado abandonar el sitio a todo adorador de Jehova que pudiera hallarse allí. Fuera del templo ha colocado 80 soldados, que tienen orden, bajo pena de la vida, de no dejar salir a nadie, y después de ofrecer con sus propias manos el holocausto a Baal, les manda entrar en el templo y matar a cuantos hay dentro. Fueron sacados de allí y quemados los *ascheras* (2) ó postes colocados por Acab, y destruidos el altar y el templo. Ahora bien: en el relato bíblico, de conformidad con el cual hemos referido los acontecimientos relacionados con la caída de la casa de Omri, se ha interpolado (3) un trozo (cap. 10, v. 12-16) de otro redactor — del cual nada más poseemos — de la rebelión y entronización de Jehú, que debió de discrepar en gran manera en la exposición de lo sucedido después del

(1) En el actual texto 2. Reyes, 10, 1 y siguientes, la narración está muy desfigurada por medio de glosas y correcciones de todo género. Los setenta príncipes de la casa real aparecen convertidos en setenta hijos de Acab, en los v. 7-8. Véanse más detalles sobre esto en la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1885, págs. 275 y 276.

(2) En el texto masorético aparece muy confuso este pasaje. Véase la «Revista científica del Antiguo Testamento», en el tomo ya citado, páginas 278 y siguientes.

(3) Véase la publicación citada en la nota anterior, págs. 276 y siguientes.

homicidio de Joram. Según este fragmento, Jehú dió muerte cerca de Bet-'eked-har'om a 42 daviditas, que iban a hacer una visita a la familia real, y se encontró luego con Jonada ben Rekab, fundador de una secta, de la que hemos de tratar más adelante, a quien llevó consigo, en su carro, a Samaria, para que fuese testigo de su celo por Jehova.

Es por demás evidente la contradicción que existe entre estos dos relatos. De haber tenido Jehú el propósito de aniquilar traidoramente a los adoradores de Baal, bajo pretexto de una fiesta de sacrificio dedicada a este dios, no es verosímil que entrara en Samaria conduciendo en su carro al fanático Jonadab Rekab. Y si ya habían caído en Samaria las cabezas de los príncipes reales, después de pronunciarse esta ciudad a favor de Jehú, no se habrían dejado sorprender los príncipes de la casa de David, pocos días después, al Norte de aquella ciudad.

No es posible decir cuál de estos dos relatos es el más verídico, careciendo, como carecemos, de toda otra tradición acerca de los sucesos a que se refieren.

La cruenta y desalmada energía con que Jehú, rápido como el rayo, se precipitó sobre su presa, así como la espantosa catástrofe de la brillante dinastía de Omri, parece que dejaron honda impresión en el pueblo. La victoria del partido de los profetas, lograda por medios reprobables, dió malos frutos. Paralizó el vigor del pueblo en la lucha con los sirios e hirió su conciencia. Aun después de pasado un siglo, las palabras de Oseas, 1, 4, nos demuestran que los elementos más sanos del pueblo se habían apartado horrorizados de semejante acto sanguinario y adquirido el convencimiento de que sobre el país y el pueblo pesaba grave culpa a causa de aquel hecho abominable (4). La rápida ruina del Estado y del pueblo, de que trataremos luego, debía dar mayor fuerza todavía a esta creencia.

Solo aproximadamente se puede determinar la época en que fué derrocada la dinastía de Omri. Salmanasar II hace dos veces mención de Jehú en sus inscripciones. En el obelisco de Salmanasar, del cual damos algunas reproducciones de fotografías en las páginas siguientes, está representada una embajada de «Ja-u-a, hijo de Omri,» que hace entrega del tributo (5). Que este «Ja-u-a, hijo de Omri,» no puede ser sino Jehú, el asesino de la dinastía de Omri, lo prueba un fragmento de los anales de Salmanasar, en el cual se mencionan como sucesos del año 18 de su reinado, ó sea 845 A. C., una victoria sobre Ha-sa-ilu, esto es, Hazael, enemigo de Jehú; un cerco de Damasco; una expedición al Haurán, y envío de tributos de los sirios, sidonios y Ja-u-a, hijo de Omri. A ejemplo de estos Estados fenicios, Jehú, atemorizado por el rápido avance de Salmanasar, se ha proporcionado relaciones amistosas con éste mediante espontánea sumisión. Ahora bien: como, según lo expuesto en una página anterior, Joram fué sitiado en Samaria por los sirios en el año 846, se deduce que la revolución de Jehú solo pudo efectuarse poco antes de 842. De la designación que hacen los asirios de Jehú como hijo de Omri, se desprende marcadamente la escasa importancia que daban al reino de Israel.

Mas la caída de la dinastía de Omri debía tener todavía una lamentable segunda parte en Jerusalén. Había aun allí un miembro de esta familia real, la reina madre Atalía. El asesinato de Ocozías la privaba de esta dignidad, quedando así despojado de toda autoridad real el último miembro de

(4) Los aferrados a determinadas opiniones antihistóricas acerca del Antiguo Testamento suelen esforzarse en hacer desaparecer la contradicción existente entre las palabras de Oseas y el criterio deuteronomista de 2. Reyes, 10, 30, según el cual *Jehú ha hecho bien ejecutando lo que es recto a los ojos de Jehova.*

(5) Véase E. Schrader, en su obra ya citada, págs. 208 y 209.

la casa de Omri. Para asegurársela, sacrificó Atalía su propia sangre y mandó quitar la vida a todos los varones de la casa de David, proclamándose ella misma reina y siendo reconocida como tal por el pueblo (1). Mas la princesa Josaba (Jehascheba), hermana de Ocozías (2), logró sacar furtivamente de entre los hijos de este rey, que eran asesinados en la alcoba (?), y ocultar de Atalía al menor, el príncipe Joas. Este vivió con ella en el templo durante seis años (3), sin que Atalía tuviese sospecha alguna del peligro que la amenazaba.

Al séptimo año del reinado de Atalía, se conjuran el sacerdote Joyada y los capitanes de la guardia real para derrocar a la reina. Todos los sábados, dos terceras partes de la guardia ocupan el templo para prestar servicio allí al monarca, mientras que la otra tercera parte, que ha estado durante la semana destacada en el templo, se traslada al palacio para dar guardia en él. Se conviene aprovechar esta circunstancia para reunir a toda la guardia en el templo y proclamar por rey a Joas, en tales momentos en que Atalía queda privada de todo medio de resistencia. Así se hace; la parte de la guardia que es relevada permanece en el templo, y toda ella forma en fila en torno del altar. Hacen salir a Joas del templo, pónenle diadema y brazaletes, y es ungido; la guardia aplaude y le aclama, como de costumbre, en el acto de la coronación, gritando: *¡Viva el rey!* (4).

Un destacamento de la guardia queda encargado de custodiar el templo para impedir un golpe de mano por parte de los partidarios de Atalía; los demás se trasladan, pasando por la puerta de los guardias (5), al palacio, y el joven rey se sienta en el trono de David. Atalía, sorprendida en el palacio por los conjurados, muere a manos de estos. La ciudad permanece tranquila ante este cambio de monarca, pero reina gran júbilo entre el pueblo del campo.

Como hemos indicado ya en una nota anterior, tenemos en 2. Reyes, 11, 13-18ª, un fragmento de otra relación del destronamiento de Atalía, el cual discrepa principalmente en que según él la conjuración tenía también por objeto proscribir el culto de Baal, mientras que del reproducido por nosotros no aparece que existiesen tales motivos religiosos. No hace mención aquel de la guardia real, figurando en su lugar las milicias; y según él, Atalía se presenta en el templo en el acto de la proclamación de Joas, siendo hecha prisionera allí, y después de su muerte, el pueblo se obliga solemnemente al culto de Jehova, destruye el templo de Baal y mata a Maltan, sacerdote de este dios. Por la manera en que refiere estos sucesos parece poco fidedigno el tal relato, y desde luego

(1) En 2. Reyes, 11, poseemos una excelente relación de estos sucesos. En Bleek, pág. 258, ha expuesto Wellhausen las desfiguraciones que ha sufrido este capítulo en los vv. 5-12. En la «Revista científica del Antiguo Testamento», 1885, págs. 280 y siguientes, está demostrado asimismo que el trozo v. 13-18ª es extraño a este relato y constituye un fragmento de otra tradición discrepante sobre el destronamiento de Atalía. De la comparación de 11, 14 con 23, 3, puede deducirse que los versículos 13-18ª provienen de la misma fuente que 12, 5 y siguientes, y probablemente también el texto fundamental de 2. Reyes, 22, 23; mas solo como mera hipótesis.

(2) Pero indudablemente hija de otra madre distinta de Atalía. Para el texto primitivo de 2. Reyes, 11, 2, véase la Revista ya citada, páginas 279 y 280.

(3) Habitaba en el templo propiamente dicho, como se desprende con toda evidencia de 2. Reyes, 11, 11 y 12, y probablemente en una de las habitaciones laterales. Esta narración demuestra por otra parte que no debía haber entonces un personal numeroso en el templo; de no ser así, difícilmente se habría podido guardar el secreto. En las Crónicas aparece Jehascheba como esposa del sacerdote Joyada, lo que se presenta muy verosímil, pues que así su intervención en aquellos hechos queda mas naturalmente explicada.

(4) 1. Sam., 10, 24; 2. Sam., 16, 16; 1. Reyes, 1, 25-40.

(5) Por la misma que había de pasar al templo la guardia relevada en palacio.

le da este carácter su silencio respecto de la guardia real, sin la cual no habría sido posible realizar semejante cambio de monarca (6). La destrucción del templo de Baal y el asesinato de Maltan pueden muy bien ser hechos históricos, pero no inmediatamente relacionados con la entronización de Joas (7).

Poseemos, sin embargo, un testimonio mas completo de las condiciones religiosas de Judá, en tiempos de la dinastía de Omri, en la antiquísima obra del Jahwista que nos narra las santas leyendas de los antiguos lugares de culto del país, y que, según lo expuesto anteriormente, pertenece a esta época. En la citada obra se nos presenta en todo su vigor la antigua religión de Israel, formada por medio de la amalgama de ideas mosaicas con otras del paganismo semítico, enlazando todavía la vida espiritual de todo el pueblo y siendo su profesión el orgullo y la alegría de éste. En ella se refleja con la mayor viveza la regocijada animación en los lugares del culto, y el contento en la práctica de las costumbres heredadas de los padres, sin la menor sospecha del origen pagano de estas ni otra idea sino la del sumo agrado de Jehova en su perpetuación. Todo ello presupone perfecto acuerdo entre Jehova e Israel. Sin el mas leve presentimiento de la ruina que le amaga y con inquebrantable fe en su Dios, goza Israel tranquilamente de los bienes de la tierra que Dios ya había prometido a los patriarcas. El carácter particularmente judaíta del libro se manifiesta en el papel que en él representan los héroes de tribu Judá y Caleb, prescindiendo por completo de Josué, como también en las leyendas que contiene de Lot, Edom y la formación de los pueblos hebreos al otro lado del lago Salado (mar Muerto). Así se explica igualmente el colorido beduino de las figuras de los patriarcas. El jahwista describe el origen de los antiguos santuarios y de los usos practicados en ellos, apoyándose en las leyendas locales. Se fundaron a consecuencia de apariciones divinas y hazañas de los héroes, que se han perpetuado en las prácticas del culto. Es, por lo mismo, la teofanía el verdadero elemento del libro Jahwista. El sentimiento de la proximidad de Dios predomina en su exposición. Jehova se presenta, así a la luz del día, como de noche en los sueños, en figura de caminante; come bajo el árbol sagrado de Hebron con Abraham; se aparece junto a la fuente de Beerlahajroi a Agar, fugitiva de la casa de Abraham, y a ruegos de sus adoradores, les da presagios y les sigue a tierra extraña.

Además de las leyendas sobre el origen de los grandes santuarios de Bet-el, Hebron y Beerseba, nos refiere también el Jahwista las de Beerlahajroi, donde nació Ismael (Gén., 16) y donde habitaron primero Isaac y Rebeca (Gén., 24), y de aquel tercer lugar de culto en el desierto, Kadesch (Cades), que como los cercanos de Beerseba y Beerlahajroi, poseía una fuente y era santo también para las tribus del desierto, y con el cual parecen estar relacionadas en el libro del Jahwista las leyendas sobre Moisés y la permanencia en el desierto (8). Vemos igualmente en él el origen de los santuarios de Mahanaim, Penuel, Sukkot y Maseba de Gilead. Ya observamos a su tiempo que de ello nos daban también cuenta las anti-

(6) Si el cap. 11, v. 13-18ª, proceden de la misma fuente que el capítulo 12, v. 15 y siguientes y el cap. 22, v. 23, se hallan entonces muy distantes, en relación de tiempo, de los sucesos que relatan, pues que en tal caso no pudieron escribirse sino después de 621 A. C.

(7) Seguramente que la fuente de donde proceden 2. Reyes, 11, 1-12 y 18ª-20, narraría otros sucesos del reinado de Joas, y entre ellos acaso la proscripción del culto de Baal; el revisor del Libro de los Reyes pudo muy bien prescindir de ella en este punto, ya que reproducía el mismo dato sacado de otra fuente en 11, 13-18ª.

(8) En este punto, por desgracia, son muchas las lagunas en el libro J., siendo probable que precisamente aquí discrepara en gran manera del tipo posterior de la leyenda.

guas leyendas en forma relativamente definitiva, como asimismo que este trabajo solo pudo hacerse después de constituido el reino por David. Ya habían sido relacionadas entonces unas con otras todas las figuras locales de héroes, y estas con algunos lugares de culto a los cuales fueron ajenas primitivamente. Antes que Abraham morara bajo el árbol de Hebron (Gén., 18), ya había vivido en Siquem y Bet-el (Gén., 12, 6, 8). Con igual placidez narra J. los hechos de Abraham y Sara, como describe la competencia entre Jacob y Laban para engañarse uno al otro, en la cual Jehova acaba por favorecer a Jacob, y la manera como Jacob despoja a Esaú de la primogenitura, y luego, ayudado por Rebeca, de la bendición de Isaac próximo a morir. Las vicisitudes de José en Egipto no le interesan menos que las de Abraham. Como troncos y representantes de sus descendientes, presentando sus rasgos de carácter y obrando a su manera, ve en los patriarcas la personificación de los destinos de la nación. La última forma dada a estas narraciones procede de la misma época que tomó tan vivo interés en la lu-

cha varonil de Israel contra los sirios, y los personajes que se nos describen son indudablemente típicos de esta época.

Así, toda la nación se ha encariñado con estas figuras, y es también santo recuerdo para el judaíta la fundación de Beerseba por Isaac y la de Mahanaim, Penuel, Sukkot y Bet-el por Jacob.

Aquí aparece cuanto pudo producir de mitológico el terreno del antiguo culto semita de los espíritus. Es comprenderlo erróneamente equipararlo con las leyendas de los dioses de los pueblos politeístas, siendo solo dable su equiparación con las de los héroes de estos.

De la obra del Jahwista podemos deducir que la época de Omri se distinguió por extraordinaria actividad literaria. Una vez fijadas por escrito las leyendas hasta allí transmitidas oralmente, sigue luego el profetismo el ejemplo de la tradición sacerdotal, y se sirve también de la escritura, al propio tiempo que de la palabra hablada. Muchas de las leyendas de santuarios en los libros históricos, especialmente en el de los Jueces, es probable que sean asimismo de esa época.

LIBRO NOVENO

LOS PROFETAS Y LA RUINA DEL ESTADO

Preámbulo.

Hemos llegado al período mas importante de la historia del antiguo Israel. En él se desarrolla aquel movimiento intelectual de que Israel da único ejemplo en la historia del mundo: los profetas escritores. De este movimiento arrancan en último punto los bienes mas preciados que posee la humanidad.

A pesar de su significancia universal, el profetismo es de carácter puramente nacional. Se origina en la época en que el imperio asirio se dispone para arremeter a Israel y aniquilarlo, así como el antiguo profetismo se manifiesta en su mayor vigor cuando el Baal sirio amaga proscribir al Jehova nacional.

Así como el antiguo profetismo vence a Baal, del mismo modo el posterior prevalece sobre el imperio universal asirio y sobre su continuador el babilónico. Como el antiguo profetismo, el nuevo somete al pueblo a su ley, mas no defendiendo las ideas populares, sino combatiéndolas, luchando contra sus aspiraciones. No lo realiza con las armas de la fuerza y de la injusticia, sino interior y espiritualmente, por medio de ideas de paz y de salvación. No puede salvar al Israel material, y antes le anuncia su ruina. Así, a nosotros que conocemos el curso que ha tenido la historia, se nos presenta como vencedor en el preciso momento en que el Estado desaparece: como vencedor del propio pueblo que se le ha resistido, y a pesar de la ruina de éste, como victorioso también sobre el poder terrenal. Porque el bien mas precioso del antiguo Israel, la religión, a la cual se habían ligado íntimamente el Estado y el territorio, se desprende del territorio y del Estado y salva al pueblo de la ruina completa. El Estado de Israel se hunde, el pueblo es arrebatado del suelo de sus padres; mas la religión de Israel triunfa sobre el imperio universal y

sobre sus dioses. La significación del profetismo posterior es tanto mayor que la del antiguo, cuanto que su victoria es también mayor que la de éste.

El poder terrenal es vencido en la idea por el profetismo, por cuanto éste deduce la ruina de Israel de la justicia de Jehova, y demuestra cada vez con mayor fuerza que la ruina es consecuencia de la divina justicia. De este modo, en medio de todos los reveses que gradualmente producen la ruina de la nacionalidad israelita, se logra conservar la fe en Jehova. El Jehova de la antigua religión, tal como hemos procurado describirle en las páginas anteriores, no podía ser ya adorado como Dios nacional fuera de la tierra de Canaan. ¿Y qué aliciente podía tenerse para ello, si no había podido salvar a su pueblo de las manos de los enemigos, y había consentido que fuera devastada su tierra y arrancado de allí su pueblo? Si es que existía, había demostrado en todo caso que no era un ser capaz de prestar ayuda; y para esto es para lo que se necesitaba un dios. Los dioses de los paganos, que habían vencido a Israel, eran mas poderosos que él. De ahí que los restos del pueblo, desmoralizados por un destino que no podían comprender que fuera justo, habrían adoptado el culto de sus vencedores y sido absorbidos en la nacionalidad de estos.

Sucede, sin embargo, que precisamente en el mismo punto en que su pueblo sucumbe, Jehova es reconocido como el Dios justo, a cuyos fines deben servir también los paganos. Como ordenador universal, como ser que juzga con criterio moral y que ha de ser apreciado también así, el Dios de los profetas no tiene su igual entre los dioses de los paganos. Al mismo tiempo Israel adquiere conciencia de su especial significación dentro del mundo de los pueblos: los sucesos de la historia de estos constituyen un diálogo que Jehova sostiene con su pueblo, y en el culto de este Jehova posee un